

Capítulo 33. Carta N° 33. Fin.



Fue una frase liberadora: “Estoy harta de leer sus cartas”, dice usted, y yo agrego: “Y yo estoy harto de escribirlas”. Desgraciadamente expone usted todavía el deseo -y sus deseos son ordenes para mí- de que le diga clara y llanamente lo que entiendo bajo la palabra “Ello”. No lo puedo expresar mejor de lo que ya lo hice anteriormente: “El Ello vive al hombre, es la fuerza que lo hace actuar, pensar, crecer, estar sano y ponerse enfermo, en definitiva, que lo vive”.

Pero con una definición tal no va usted muy servida. Por eso voy a recurrir a un medio de reconocida eficacia en mí, y le contaré historias. Sólo que usted debe tener en cuenta que mis narraciones están tomadas de contextos muy amplios, que son episodios de largos y pesados tratamientos. Si no a lo mejor va usted a parar a la idea de que me tengo por un médico milagroso. De esto no se puede hablar: al contrario, cuanto más tiempo trato al enfermo, tanto más se arraiga en mí el convencimiento de que el médico puede influir infinitamente poco en la curación del enfermo, de que el enfermo se cura a sí mismo y de que el médico, también el analista, solamente tiene la tarea de descubrir de qué artimañas se vale momentáneamente el Ello del enfermo para poder seguir privado de salud.

Es, en efecto, un error el suponer que el enfermo se presenta a la consulta del médico para ser ayudado por éste. Solamente una parte de su Ello quiere sanar; el resto quiere seguir enfermo y, durante todo el tratamiento, está espiando la ocasión de ser dañado por el médico. El principio de que lo más importante en el tratamiento es no dañar ha arraigado con el correr de los años cada vez más profundamente en mi interior, es más, estoy inclinado a creer que todo caso de muerte durante el tratamiento, que todo empeoramiento, hay que atribuirlo en realidad a una falta del médico, en la cual cae seducido por la perversidad del Ello. Oh, no hay nada divino en nuestro quehacer, y nuestro deseo de ser como Dios, que es el que en última instancia nos lleva a elegir la profesión, se venga en nosotros lo mismo que se vengó en nuestros padres en el Paraíso. Castigo, maldición y muerte son sus consecuencias.

Aquí tengo un ejemplo muy reciente que pone al descubierto la actitud del Ello, profundamente oculto, de un enfermo en contra mía, mientras que su yo consciente me miraba lleno de admiración y de gratitud. El enfermo tuvo dos sueños en una misma noche, los dos con un contenido más que de sobra instructivo. Al principio dijo el paciente que no se acordaba ya nada del primer sueño. Pero como se detuvo bastante tiempo en este sueño olvidado dio lugar a suponer que en él se ocultaba la clave del enigma. Durante largo tiempo esperé pacientemente para ver si en realidad no le venía algún recuerdo. Pero no vino, y yo acabé pidiendo al enfermo que dijese una palabra cualquiera. Este pequeño ardid es a veces rentable. Tuve ocasión de presenciar una vez, por ejemplo, que, en una situación semejante, se dijo la palabra Amsterdam, y que alrededor de esta palabra se pudo montar un tratamiento que acabó con éxito, con un éxito extraordinario, y que duró más o menos un año. En nuestro caso el enfermo nombró la palabra casa y me empezó a contar que, el día anterior, había estado contemplando mi sanatorio desde fuera, que había en él una torre totalmente inmotivada, que tenía un puente como expediente provisional, porque la casa está falsamente ubicada y, además, tiene un tejado feo. No puedo negar -y, como usted conoce la casa, estará de acuerdo conmigo- que el hombre tenía razón. Y, sin embargo, su narración se refería a cosas totalmente diferentes y mucho más importantes, a cosas decisivas para él y para mi tratamiento. Esto nos lo dijo el segundo sueño. El paciente empezó a contar: “Se trata de un sueño muy tonto -y se echó a reír-. Quería hacer una visita a una casa que pertenecía a un zapatero. Delante de la casa se peleaban dos muchachos, uno de los cuales marchó corriendo y llorando. El zapatero se llamaba Akeley. No se veía a nadie; poco a poco empezaron a

venir algunos criados, pero el zapatero, a quien yo quería visitar, no se dejaba ver. Por el contrario, después de algún tiempo se presentó un antiguo amigo de mi madre que, extrañamente, llevaba una cabellera negra, siendo así que en realidad es completamente calvo”. Si el enfermo no se hubiese reído mientras contaba la historia, si no le hubiese puesto antes las faltas que le puso al exterior de mi sanatorio, habría necesitado tal vez semanas hasta dar con la interpretación. Pero así la cosa fue rápida. La primera pista la dio la palabra Akeley. Estaba tomada de una obra recién aparecida de Arno Holz, con el título de Los hojalateros. Debe ser sumamente ingeniosa; idioteces eróticas.

El escarnio que el enfermo hacía de mi persona estaba a la vista, pues poco antes había leído el ejemplar que yo tengo del libro *El buscador de almas*, editado por nuestro común amigo Groddeck. Esto era, pues, los “hojalateros”, el zapatero Akeley era yo y la zapatería mi sanatorio. Esto resultó también del hecho de que el enfermo realmente, a su llegada al sanatorio, tuvo que esperar mucho tiempo en el corredor hasta que alguien le enseñó su cuarto. A mí mismo no me vio hasta el día siguiente. Enjuiciamientos de este estilo con respecto al médico se dan en todos y cada uno de los enfermos, y la constancia con que se repite este juicio tan bajo y reprimido demuestra que lo merecemos. No habría contado el sueño si no se hallase también en él la razón por la cual el enfermo me desprecia. En lugar del zapatero aparece en la historia un antiguo amigo de su difunta madre, el cual, extrañamente, lleva una cabellera negra. Este amigo de la madre representa al padre, que tiene igualmente cabellos negros, porque también está muerto. El odio, pues, no me alcanza en primer lugar a mí, sino a este amigo de su madre y, detrás de él, al propio padre. Es una composición de tres personas que muestra claramente qué viva era la resistencia que mi paciente había transferido a mi persona. Pero el amigo de la madre es, a la vez, el enfermo mismo, que goza de una cabellera negra bien poblada. Su inconsciente le cuenta en el sueño cuan distinto sería si, en lugar del zapatero Troll, dirigiese él mismo el tratamiento. Y no le falta razón. El enfermo sabe siempre mejor que el médico qué es lo que le conviene. La lástima es que no es capaz de pensar éste su conocimiento, sino solamente expresarlo a través de los sueños, el movimiento, los vestidos, su manera de ser, los síntomas de la enfermedad, en definitiva, a través de un lenguaje que él mismo no entiende. Y, por supuesto, esta identificación de sí mismo con el amigo de la madre y con el padre mismo dice mucho más de lo que se imaginaba el enfermo. Detrás está el deseo del incesto, el deseo de la infancia, el deseo de todo niño de ser el amante de su madre. Y ahora la conversación toma un derrotero insólito. Con una sonrisa suave y nada burlona, dice el enfermo: “El amigo de mi madre me llamaba Lameer, era flamenco”; su nombre no tiene nada que ver con la mere, la madre.

¿Realmente no? Yo creo que sí. Y esto es consolador para el tratamiento. Pues el enfermo, al no haberme solamente identificado con el padre y con el amigo de la madre, sino también con la madre misma, ha transferido también a mí sus afectos, unos afectos que no pueden haber cambiado mucho desde que tenía seis años, edad en la que murió su madre. Tal vez esto es favorable, supuesto que su actitud frente a la madre era buena, que recibía ayuda de ella. Pero, ¿quién puede saberlo? También puede suceder que él la odiase más que la amaba.

Ahora tengo que volver al comienzo del sueño, a los dos muchachos que se peleaban delante de la casa del zapatero. Son fáciles de interpretar. Representan lo mismo en dos secuencias diferentes. El uno es el falo en estado de erección; el otro, el que marcha llorando y corriendo, es el miembro en estado de eyaculación. Detrás de esta primera interpretación está la segunda, según la cual uno de los muchachos es el mismo que sueña, y el otro, el que llora, su hermano, a quien él ha desplazado de las preferencias de sus padres. Y según la tercera interpretación, que reside mucho más profundo, uno de los chicos es el mismo que sueña, el cual masturba al otro, a su propio pene. Esta masturbación tiene lugar delante de la casa del zapatero, pero las fantasías eróticas del enfermo, como se ve en el desarrollo del sueño, no tienen por objeto solamente al zapatero, sino también al amigo de la madre, esto es, al padre, y detrás, bien escondida, a la madre misma, Lameer.

Le narro este sueño porque en él el enfermo comunica los puntos de ataque del tratamiento, sin darse cuenta de ello. En primer lugar delata el enfermo, a quien atentamente le escuché, que, mucho antes de saberlo él claramente, existe una fuerte resistencia contra el médico, que, por consiguiente, hemos alcanzado otra vez el punto decisivo, yo casi diría el único y exclusivo punto importante en todo el tratamiento. Pues en

el conocimiento consciente e inconsciente y en la eliminación de las resistencias consiste esencialmente la tarea del médico, que será tanto más provechosa cuanto más clara vea la situación. El sueño sigue contando de dónde ha sido transferida la resistencia. Procede de la actitud enemiga con relación al amigo y esposo de la querida madre y, antes todavía, a las rivalidades de los dos hermanos por acceder a la madre, que, oculta tras muchos cortinajes, sin embargo, aparece claramente como la auténtica dueña de la casa, del sanatorio donde se recupera la salud, del seno materno en el que se penetra. Finalmente, el enfermo delata también los complejos de que se trata, es decir, Edipo y la masturbación.

Ahí tiene usted una prueba de cómo lo inconsciente, lo reprimido, pugna por hacerse comprensible. Pero yo traigo lechuzas a Atenas, pues usted me escribe que se ha leído la interpretación de los sueños de Freud. Léala usted otra vez y otras muchas veces. Tendrá una rentabilidad tal que usted ni siquiera imagina. De todas formas es supérfluo que me siga adentrando por un terreno el cual el maestro mismo y, con él, miles de sus epígonos han descrito detalladamente, y en el cual pueden entrar todos los que lo deseen. También la próxima narración se mueve por derroteros que le son a usted conocidos o deberían serle.

Se trata de una niña de ocho años que, desde hace algún tiempo, teme a la escuela, mientras que antes iba con gusto a ella. El cálculo y el tejer son su condena. Yo le pregunté que número era el más desagradable, y me dijo enseguida el 2. Tuvo que escribir un 2 y luego dijo: “El rabito de abajo es incómodo; cuando ando de prisa no lo escribo”. Entonces le pregunté qué era lo que se le ocurría ante este rabito, y, sin reflexionar, replicó: “Un rabito de carne”. “Para jamón y chorizo”, agregó, y como si sintiese la necesidad de borrar la impresión de esta extraña respuesta o, tal vez, para aclararla, agregó rápidamente: “Cuando hago punto dejo caer las mallas y se forma un agujero”. Si usted parte de la adición: “Se forma un agujero”, comprenderá usted que el rabito de carne es un auténtico rabito de carne; que la niña, por consiguiente, está en una época en la que trata de ocuparse profundamente con el hecho de la existencia de los dos sexos. Y, en forma reprimida, por medio del temor a la escuela, de dejar de escribir el rabito del 2 y de dejar caer la malla, da expresión a la teoría de que la mujer, el número 2 de la familia, no tiene rabito de carne, sino que, más bien, lo ha perdido por escribir demasiado de prisa, por masturbarse; de que el rápido movimiento de las agujas de tejer, su entrar y salir, da origen a un gran agujero, desde el cual hecha sus aguas la muchacha de temprana lascivia, mientras que el muchacho echa su chorro a través de la estrecha abertura del pene. Todo esto es verdaderamente un problema difícil para un cerebro infantil, y no es de extrañar que no quiera seguir adelante con el tejer y las cuentas. Al día siguiente la niña demuestra sus conocimientos, que ahora son bastante consoladores. Se queja de tener unos dolores terribles al hacer de vientre; hace notar, pues, que, como sustitutivo del rabito que le han quitado, ahora puede traer hijos al mundo, si bien sea con dolor. Y luego, bajo la oscura presión de expresarse cada vez con más claridad, empieza a contar -para extrañeza de la madre, que se creía que su hija estaba en la más completa inocencia-, que estuvo presente cuando sacaron a una ternera del vientre de una vaca y que vio cómo nacían tres hermosos gatitos. Es gracioso ver cómo brotan las cosas del alma de una niña cuando la capa que cubre a lo reprimido empieza a hacer agua.

En tales acciones simbólicas o errores se manifiesta muy a menudo el inconsciente. Así encontré últimamente a uno de mis enfermos -pertenece al número de los así llamados homosexuales- que estaba malhumorado por habersele roto sus quevedos, sin los cuales no tendría para él ya alegría la vida. Se le cayeron de la nariz al querer quitar un florero de una mesa. Cuando le pregunté que otros objetos había en la mesa, me dijo que la fotografía de su amigo, que aún seguía allí. En efecto, se encontraba debajo de un montón de almohadas y mantas mirando para abajo, de modo que no se podía ver la imagen. Resultó que el amigo le había sido infiel con una chica. Como no estaba en su poder el alejar al muchacho de la muchacha, quería, al menos, separarlos simbólicamente y, con este objeto, retiró el florero, que representaba a la moza. A esto le sucedió inmediatamente el darle vuelta a la fotografía, el cubrirla con almohadas y el romperse de los quevedos. Traducido al lenguaje de la conciencia significa lo siguiente: “No quiero ver más a este infiel”. “Su parte posterior me sigue perteneciendo a mí, pues a la muchacha no le interesa. Así, pues, que quede la fotografía boca abajo”. “Pero es más seguro proteger también la parte posterior. Cubrámosla, pues, con almohadas”. “Así está bien, y ahora ya no veo nada más de él, sobre todo si le hecho encima una manta”. “No es suficiente: padezco demasiado. Lo mejor es que me vuelva ciego. Así no necesito notar su

infidelidad y puedo seguir amándolo”. Y con esto al pobre se le rompen los quevedos.

El inconsciente experimenta raramente con los ojos. Cuando las impresiones sobre la retina son inaguantables, las expulsa de la conciencia. Un día le pedí a una de mis enfermas que observase atentamente los objetos que se hallaban encima de la mesa y que los conservase en la memoria. Cuando luego la invité a que me dijese lo que había, me nombró detalladamente todo menos las fotografías de sus dos hijos, que, a pesar de las veces que le dije que faltaban aún dos cosas, no logró recordar. Al preguntarle por qué dejaba de lado las fotografías, se extrañó muchísimo. “No las vi -dijo-, y ello es tanto más llamativo cuanto todos los días, y hoy mismo, les quito el polvo. Pero, naturalmente, usted ya ve que los pobres muchachos llevan uniforme. El uno cayó ya, el otro está en el frente delante de Varsovia. ¿Para qué voy a despertar mi dolor con los ojos si lo puedo evitar?”.

Otro se quejaba de que, de repente, se le ponía todo negro delante de los ojos, y esto a menudo. Le rogué que se pusiese mentalmente en el mismo lugar en que había caído la negra niebla sobre él y que luego me dijese lo que veía. “Piedras” -me dijo-. “Subía por una escalera de piedra y eran los escalones las piedras que yo veía”. Con esto no se podía hacer mucho. Pero como yo me mantuve en mis trece de que la visión de las piedras era lo que había dado origen a su vahído, me prometió prestar atención a ello. Y en efecto, al día siguiente me vino otra vez con que había tenido un nuevo ataque y que había visto piedras. Que la cosa puede tener su importancia, pues él se acuerda ahora de que las primeras molestias de este estilo las tuvo en Ostende, una ciudad que siempre le había parecido un desolador montón de piedras y de demasiadas personas frías de corazón. Al preguntarle lo que significaba un montón de piedras y hombres de ese estilo, me dijo: “Un cementerio”. Como sabía que el enfermo en cuestión había sido educado en Bélgica, le llamé la atención sobre la identidad fonética entre Pierre y Piere. Pero el respondió que ni un Pedro ni un Piere habían intervenido jamás en su vida. Al día siguiente volvió él por sí mismo a hablar del asunto. “Yo podría tener razón. La casa de sus padres, en la que ya con seis años perdió a su madre, y que, poco después de su muerte, fue vendida, porque el padre se trasladó a Ostende, estaba situada en la calle St. Piere, y, aun cuando la madre no fue enterrada en el cementerio St. Piere, la ventana de su cuarto daba al enorme montón de piedras que era la iglesia de St. Piere. Él había estado más que a menudo con su madre en esta iglesia, y tanto las masas de piedra del interior como la multitud de los devotos siempre lo había turbado. Ante la palabra Ostende le venía a la memoria Rusia, el país del hollín¹, el país negro, el de la muerte”. Desde aquel día en que hizo conscientes sus represiones, ya no volvió a ver negro delante de los ojos, pero, por el contrario, su Ello no liberó otra de las providencias tomadas por la represión. El enfermo, que había sido educado en un estricto catolicismo por su madre, había abandonado la fe como consecuencia del deseo de reprimir. A pesar de que se liberó de la represión, no por eso volvió a ir a la iglesia.

¿Se acuerda usted de la señora von Wessels? ¿De lo que le gustaban los niños y de lo que sufría por no poderlos tener? Un día estaba yo sentado con ella a la orilla del bosque. La conversación había ido decayendo, hasta que, finalmente, se cortó. De repente dijo: “¿Qué es lo que me pasa? De todo lo que hay a mi derecha, no veo lo más mínimo, mientras que a la izquierda todo está claro y patente”. Le pregunté cuánto tiempo duraba ya el fenómeno, y me replicó: “Ya hace un momento, en el bosque, que comencé a notarlo”. Le rogué que me nombrase alguno de los lugares por donde habíamos pasado, y me indicó un cruce de caminos. “¿Que había en ese lugar a su derecha?”, seguí yo preguntando. “Allí nos pasó la señora con aquel muchacho pequeño. Pero, otra cosa: ahora ya veo otra vez con claridad”. Y luego recordó sonriendo cómo, durante todo el camino, antes de llegar al cruce, había venido conversando conmigo con la fantasía de tener una casita lejos de todos, con gallinas y patos y toda clase de animales, y vivir allí con su hijito, mientras que el padre les hacía solo de vez en cuando una visita de un día. “Si yo no supiese ya ya tiempo que es cierta su afirmación de que todas las enfermedades son producto del Ello, que pretende algún objetivo determinado, me habría convencido ahora. Pues mi ceguera lateral solamente puede haber procedido del hecho de que no podía soportar el ver a aquella madre con su hijo”.

1.- Aquí se trata de una simple asociación fonética, ya que “hollín”, en alemán, es “Russ” y “ruso”, “Russe”. (N. del T.)

¿Histérica? En efecto, ningún médico ni ninguna persona culta dudaría con el diagnóstico. Pero nosotros, usted y yo, hemos aprendido a pasarnos la designación de histeria por debajo de los zapatos, conocemos ambos a la señora von Wessels y, a lo sumo, por respeto a esos sabios que llevan las gafas de la erudición, estamos dispuestos a conceder que la señora von Wessels estuvo histérica por espacio de media hora. ¿Pero para qué vamos a ocuparnos de una palabra tan superidiota y demoníaca como histérica por más tiempo? Permítame más bien que le cuente lo que pasó unos años más tarde.

Una noche me encontré con la señora von Wessels después del teatro. Me dijo que había ido al teatro por si encontraba por casualidad a uno de sus antiguos conocidos, cuyo nombre había leído hacía algunas horas en la relación de los viajeros. Me llamó la atención que tenía el párpado superior izquierdo fuertemente enrojecido e hinchado. Ella no lo había notado aún; sacó su espejo del bolso, se miró el ojo y dijo: “No me extrañaría lo más mínimo de que el Ello quisiese otra vez burlarse de mí dejándome ciega de un lado”. Y siguió hablando de la inesperada llegada de su antiguo amigo, pero de repente se interrumpió con las palabras: “Ya sé de donde proviene la inflamación del ojo. Se me formó al ver el nombre de mi admirador en la lista de viajeros”. Y luego me contó como había andado coqueteando con ese señor durante la larga enfermedad que llevó a la tumba a su primer marido. Me contó toda clase de detalles de aquella época y profundizó cada vez más en la idea de que su ojo se había hinchado para que no hubiese de leer aquel nombre vergonzoso, y aceptó también mi opinión de que el Ello habría aún de castigarla en aquel miembro con el cual había pecado. El éxito pareció darnos la razón, pues cuando la amiga marchó la hinchazón ya había desaparecido. Al día siguiente tuvo una discusión muy fuerte con su segundo marido a causa de su hijastra. A la hora de la merienda estaba yo presente, y pude notar cómo, durante todo el rato, volvía el rostro en dirección contraria al lado izquierdo, donde estaba sentada la muchacha, y cómo poco a poco comenzó otra vez a inflamarse el párpado. Hablé más tarde con ella del caso y concedió que ella, que no tenía hijos, no podía soportar el ver a su hijastra, y que por eso se le había vuelto a hinchar el ojo. Esto le proporcionó una nueva idea, con la que se ocupó por algún rato. Posiblemente había sido también la hijastra la causa de la hinchazón de ayer. Pero poco después volvió otra vez sobre la idea de que la causa debió más bien estar en aquel antiguo conocido. “Dentro de un par de días -me dijo- es el aniversario de la muerte de mi primer marido. Hace años ya que vengo notando que por esta época siempre me pongo mala y enferma, y yo creo que provoqué la discusión con Karl -éste es el nombre del señor von Wessels- para tener una razón para llorar por mi primer marido. Esto me resulta tanto más probable cuanto que ahora me doy cuenta que anteaer, así pues, un día antes de la hinchazón, había estado en el hospital y había visto a un enfermo del riñón con el característico olor a uremia que también tenía mi marido. Se quitaba la suciedad de la lengua con la espátula, exactamente lo mismo que hacía mi marido. Aquella misma noche, al ver la salsa de rábanos, me entró un malestar de estómago, pero se me pasó en cuanto me di cuenta de su semejanza con la suciedad de la lengua. La presencia de mi hijastra me resultaba insoportable porque me ponía a la vista el hecho de la infidelidad a mi primer marido. Pues usted comprenderá que, durante el luto de aquellos días, juré mil veces no volver jamás a casarme”. La inflamación del ojo había otra vez desaparecido durante la conversación.

Con esto la inflamación del párpado había quedado definitivamente liquidada. En su lugar apareció, al día siguiente, la señora von Wessels con un labio superior que había aumentado como una media pulgada. Precisamente encima del cabo del labio, muy pegado al borde, se había formado una mancha roja como el fuego, de modo que el rojo de los labios había aumentado algo así como el doble de su tamaño normal. Medio riéndose, medio enfadada, me pasó una carta que una lejana conocida le había enviado a una de sus amigas, y que esta amiga, llena de indignación, le había enviado a su vez a ella, como acostumbra a hacer las amigas. En esta carta, además de otras amabilidades, estaba que la señora von Wessels era una auténtica bruja, cosa que cualquiera a simple vista podría notar en su crasa sensualidad. “Mire usted mi boca -me dijo, en tono de burla-, ¿puede haber una prueba mejor de mi naturaleza crasamente sensual que estos labios hinchados teñidos de un rojo vivo? La señora H. tiene toda la razón en llamarme bruja, y no puedo decirle que es mentira”. El asunto me interesaba por diferentes razones, una de las cuales le diré a usted después, y me dediqué, durante largo tiempo algunos días a un análisis profundo, cuyo resultado le comunico brevemente.

La cosa no tenía que ver ni con la muerte de su marido, ni con la hijastra, ni con aquel antiguo admirador sino que el quid de la cuestión tenía que ver precisamente con esa tal señorita H., cuya carta la había provocado la hinchazón del labio. Esta dama, enemistada con la señora von Wessels desde hacía mucho tiempo -llamémosla Paula-, había estado aquella misma noche -viernes 16 de agosto-, en que se le hinchó el párpado izquierdo por primera vez, también en el teatro, y, por cierto, había ocupado una butaca a la izquierda de la señora von Wessels. Exactamente ocho días antes, el viernes 9 de agosto, había ido la señora von Wessels igualmente al teatro. -Como usted sabe, es algo inaudito que la señora von Wessels vaya tan a menudo-. Su segundo marido había ido con ella, y a su izquierda se encontraba la misma Paula, de la cual sabía que había andado -en vano- detrás del señor von Wessels.

La señora von Wessels se había dado cuenta aquel viernes 9 de agosto de la mirada llena de odio que salía de los llamativos ojos grises de Paula, que en ocasiones tiene una expresión característicamente dura y penetrante. Los mismos ojos grises tiene la mujer de aquel enfermo del riñón con cuya suciedad de la lengua había ella relacionado el malestar de estómago del jueves día 15 por la noche. Durante la visita de aquel enfermo que con su olor a orina le recordaba la muerte de su primer marido, había estado presente su mujer, la mujer de los ojos grises. El nombre de esta mujer es Anna, y Anna es también el nombre de la hermana mayor de la señora von Wessels, bajo cuya férula, siendo niña, hubo de sufrir sobremanera. Y ésta, su hermana Anna, tiene los mismos ojos duros y penetrantes de Paula. Y ahora viene lo extraño: Anna, la hermana de la señora von Wessels, tiene el cumpleaños el día 21 de agosto. El 15 de agosto había mirado la señora von Wessels el calendario y había decidido escribirle el día 16, pero en lugar de hacerlo se fue al teatro a ver un ballet, es decir, piernas bonitas. El día 17 tampoco escribió, mandando recién la felicitación el 18, el día en que se le puso el labio hinchado. Finalmente el mismo día 21 se le quitó rápidamente la hinchazón, y el análisis, que hasta este punto había tenido muchas dificultades, se desarrolló de repente con toda fluidez y se desataron una gran cantidad de nudos y enredos.

La señora von Wessels me contó lo siguiente: “Cuando, alrededor de los catorce años, llegué a un conocimiento mejor de lo referente al embarazo, comparé el cumpleaños de mi entonces cordialmente odiada hermana con el aniversario de la boda de mis padres, y llegué a la conclusión de que había sido concebida antes. De aquí saqué yo dos consecuencias: que mi hermana era ilegítima -esto reaparece el día 17 de agosto en la aversión a mi hijastra, aversión que yo normalmente no tenía, pues esta hijastra no procede de mí, sino que es prematrimonial, es decir, ilegítima-, y que mi madre, tan cordialmente odiada por aquel entonces como mi hermana, era una mujer crasamente sensual, un supuesto que, en aquel tiempo, me parecía tanto más justificado cuanto que mi madre había tenido un niño todavía el año anterior; así, pues, cuando yo tenía catorce años. Usted, como analista, sabe perfectamente la envidia que se acumula en el corazón de la hija mayor cuando tienen lugar estos embarazos tardíos. Siempre he considerado el cálculo de la fecha de la concepción de mi hermana Anna como uno de los actos más lamentables de mi vida, y todavía ahora me cuesta confesarlo. Como usted ha podido observar en mis labios, me castigo por la vergüenza de lo atribuido a mi madre con el hecho de manifestar en mis labios mi sensualidad a todo el mundo después de haber tenido lugar la acusación de Paula. Sigamos. Sé perfectamente que mi hermana Anna cuenta con que la invite en mi carta de felicitación a venir aquí en el mes de octubre. Pero yo no quiero que venga, aun cuando siento que esta actitud no es buena. Los labios que no quieren dar expresión a esa invitación han de ser castigados. Y estos mismos labios tienen también que ser castigados porque, por el mismo tiempo en que comparaba las fechas de la boda y del nacimiento, pronuncié el sacrílego juramento de no querer jamás tener hijos. Lo hice precisamente en el momento en que, por casualidad, percibía los gritos de una parturienta. La relación con mis labios me la dio una de mis conocidas, que, después de mucho tiempo sin tener hijos, quedó por fin encinta, y los labios, que antes los tenía delgados y apretados, se volvieron llenos y colorados. Vi a esta conocida el día 15 de agosto, y estuve hablando largamente con ella sobre el niño que está esperando. Esto es lo que puedo decir para aclarar la cuestión de la hinchazón de los labios. Lo que respecta al ojo es muy simple. No me di cuenta ni de uno solo de todos los embarazos de mi madre, tampoco del más pequeño, aun cuando yo ya tenía trece años y sabía muy bien cómo venían los niños al mundo. El intento, pues de engeguecer ante el embarazo tiene en mí una historia vieja, y el hecho de que yo ahora ocasionalmente recurra al expediente, de reconocida eficacia, de entorpecer las

funciones de mi ojo izquierdo, el bueno -pues el derecho está ya bastante inútil-, cuando se apodera de mí el complejo del embarazo materno, no me admira. Pero todavía hay otras cosas. Recuerdo muy bien que, al visitar al enfermo del riñón, lo que me molestaba no era el olor de la orina, sino a excrementos, es decir, detrás del recuerdo de la muerte de mi marido se oculta el mucho más vergonzoso de una ocasión en que, al acariciarme mi madre la mejilla, yo, en lugar de alegrarme de las caricias, le atribuí a su amante mano olor a excrementos, con cuyas palabras le hacía cargo de costumbres con las que yo mismo de niña debí de gozar violentamente. Dejo a su perspicacia el considerar si los rábanos tienen algo que ver con mi madre. (...) La impresión del olor me lleva otra vez a la mujer del enfermo del riñón, a sus ojos grises, a los duros ojos de Paula y a los de mi hermana Anna. El miedo a Paula que yo, sin duda, tengo, se basa en esos ojos, que son los temidos ojos de Anna. Dije antes que odiaba a mi hermana Anna, pero debo limitar el alcance de esta frase. Había algo que yo amaba en ella sobremanera, y esto era sus piernas y sus bragas. Todavía ahora tengo toda una colección de piernas de Anna con braguitas de encaje que yo pintaba en la escuela al margen de mis cuadernos. Sus piernas tienen que ver bastante con mis preferencias por el ballet, y usted sabe que el día 16 fui al teatro para ver piernas bonitas. Y aquí aparece en seguida otra asociación que conduce a los momentos más lejanos de mi lejana infancia y más allá de la cual ya sólo están los caminos de la fantasía. El miedo a los ojos de mirada dura proviene de mi abuela, a la que yo le tenía un terror pánico. Lo primero que hacía cuando íbamos a su casa era levantarnos las faldas para ver si llevábamos las bragas limpias. Ya entonces me di cuenta que la maniobra no iba dirigida contra nosotras, sino contra nuestra madre, y debido a su enemiga con mi madre me resultaba la vieja profundamente repelente. A pesar de todo no excluyo la posibilidad de que esta inspección de las bragas me resultase placentera. Pero piense usted que la acusación de suciedad que yo tan mal perdonaba a la vieja, la elevé yo misma contra mi madre cuando ella me acariciaba la mejilla. Esto es malo. Y otra cosa. Una tía mía -oí yo del caso en mi más tierna infancia- no había sido admitida por mis abuelos por haber quedado embarazada de su prometido antes de la boda. De nuevo la misma falta de que yo había acusado a mi madre. La abuela era para mí la bruja por excelencia. Y de la palabra bruja sale un sendero que nos lleva a Paula y a los acontecimientos de los últimos días. Me era conocido que Paula, cuyo cerebro juega con toda clase de ocultas fantasías, me atribuía capacidades telepáticas y me llamaba bruja. La misma expresión he utilizado yo a menudo con relación a la madre de mi hijastra, a la cual yo, por lo demás, sólo conocía de vista y de oídas. La primera vez que oí su voz me corrió un sudor frío por la espalda. Tuve la sensación de que en esa voz había algo horrible procedente de mi infancia. Y al ver a la mujer, me llamó inmediatamente la atención que tenía la misma mirada dura de mi hermana Anna, y en seguida me di cuenta de su voz era la de la abuela, la de la bruja. La extraña aversión que experimenté el día 17 hacia mi hijastra estaba relacionada con el hecho de que yo identificaba a mi abuela, a su madre, a mi hermana y a mi enemiga Paula, y así, provocaba los recuerdos más graves y más profundamente reprimidos. Por lo que yo puedo entender, hay que buscar las causas de lo que me pasó en el ojo y en el labio en conflictos relacionados con mi abuela, mi madre y mi hermana mayor, que despertaron del sueño de su represión ante el cumpleaños y mi encuentro con Paula, mientras que el luto, que se repite todos los años, en relación con mi primer marido no sirve sino a tratar de cubrir estos incómodos complejos. El empeoramiento de la vista por medio de la hinchazón del párpado derecho es el mismo conato por reprimir, pero en forma diferente, es decir, por medio de la enfermedad: no quiere ver, y, por consiguiente, como ya no se puede evitar el descubrimiento de los complejos ante la acumulación de los fenómenos, aparece el deseo de, cuando menos, no hablar de ellos, cosa que se manifiesta en la hinchazón del labio y la incomodidad para hablar que ello supone. Ambas cosas son, a la vez, castigo por tratar de ver piernas bonitas y por oponerme a todo embarazo”.

No paso a considerar si la señora von Wessels tiene razón con sus elucubraciones o no. Sin duda ha ocultado aún una gran cantidad del material utilizable, y de lo que ha dicho no ha interpretado ni la mitad. Le cuento a usted la historia porque en ella una mujer nada tonta nos narra, de forma intuitiva, cómo es como yo me figuro las manifestaciones del Ello a través de los síntomas patológicos. Pero tengo además, como insinué ya antes, aún otro motivo para comunicar estas cosas de una manera tan amplia. Por el tiempo aquel en que la señora von Wessels andaba con el problema de su ojo y de su labio y me habló del olor a uremia, había en mi establecimiento también un enfermo del riñón que tenía ese olor característico. Pasó

a mi tratamiento en los últimos estadios de la enfermedad y lo acepté con el fin de observar y aligerar su muerte, porque la forma de su boca con los labios finos y apretados me parecía ser una confirmación del supuesto, admitido por mí, de que el Ello, al retener los venenos de la orina, quiere expresar lo mismo que con la forma apretada de la boca. Para mí es la uremia la lucha a la muerte de la voluntad reprimida contra los ininterrumpidos intentos de lo reprimido por salir a la superficie, contra los complejos relacionados con la expulsión de la orina, cuyas raíces se fijaron en la más tierna infancia y se alimentan de las capas más profundas de nuestra constitución. El caso no ha contribuido esencialmente a hacer progresar mis investigaciones fantásticas y acientíficas, estimuladas por el personal interés que le confiere mi propia dolencia renal. Por fin tuve que decidirme a relacionar algunos fenómenos extraños que tuvieron lugar a lo largo de esta tragedia con mis intentos de interpretar el Ello. Debería mencionar que el estreñimiento que aquejaba al enfermo desde hacía decenios pasó a convertirse en diarrea, cuyo olor era de todo punto insoportable. Uno, de ser suficientemente loco, podría oír la voz llena de escarnio del Ello que dice: voy a dar, eso sí, la mierda corporal que antes retenía, pero la espiritual no la doy. Los vómitos se podrían interpretar de manera semejante -de todas formas ambas cosas suelen darse en la uremia, también la diarrea-, mientras que con un poco de osadía se podría decir que el ataque urémico -y finalmente la muerte- son medios de presión del Ello para estorbar la entrada en la conciencia de los complejos. Finalmente podría interpretarse como una concesión burlona del Ello el hecho insólito y nunca antes observado por mí de que los labios se abultaron hidrópicamente y provocaron la desaparición de la rigidez de la boca, dando a entender así que la boca es ya otra vez libre, mientras que, en realidad, la hidropesía de los tejidos impide el hablar. Pero todo esto no son más que elucubraciones mentales para las que no poseo el menor apoyo empírico. En lugar de eso tuve aquellos días una vivencia muy divertida, la cual, al intervenir yo en ella, interpreto con bastante seguridad. En los días en que, debido al asunto de los labios, me ocupaba con toda seriedad del análisis de la señora von Wessels, aparecieron los primeros espasmos urémicos en mi enfermo. Quedé aquella noche en el sanatorio y, como hacía mucho frío, me llevé una botella de goma con agua caliente a la cama. Antes de dormir abrí con un abrecartas muy agudo un número de la revista psicoanalítica de Freud y empecé a hojearla. Entre otras cosas, encontré que Felix Deutsch había leído en Viena una conferencia sobre psicoanálisis y enfermedades orgánicas, un tema que, como usted sabe, ha ya mucho tiempo que rumio y que he pasado a nuestro común amigo Groddeck para que los elabore. Puse la revista y el abrecartas debajo de la almohada y empecé a dejar vagar mi fantasía sobre este objeto para ir a parar a mi urémico y mi interpretación de la retención de la orina como signo de la represión. Con éstas me dormí, pero, llegando ya la mañana, me desperté con una extraña sensación de humedad, por lo que creí que había meado la cama. En realidad lo que había hecho era pinchar durante el sueño la botella de goma con el abrecartas, de modo que el agua manaba suavemente sobre las sábanas. Ahora bien, la noche siguiente quedé también en el sanatorio y, como me gusta golosinear, me había tomado esta vez un trozo de chocolate, como hago a menudo. ¿Qué cree usted que pasó? Cuando desperté a la mañana siguiente, mi camisa y las sábanas estaban totalmente manchadas de chocolate. Se asemejaba endiabladamente a la caca, y me dio tanta vergüenza que yo mismo retiré inmediatamente las sábanas para que la señorita de la limpieza no fuese a pensar que yo había hecho mis necesidades mayores en la cama. Precisamente esta extraña idea de quitar yo mismo las sábanas para que no pensase de mí que había hecho caca, me llevó a someterme un poco al análisis. Entonces se me ocurrió que ya cuando me pasó lo de la botella de goma había tenido la sensación de que se podría interpretar como si hubiese meado la cama. Y, como mis pensamientos estaban completamente con el urémico, me expliqué la cosa de la siguiente manera: Tu Ello te dice que no necesitas preocuparte, aun cuando tus riñones no están del todo limpios, de que vayas a parecer uremia: ya ves con qué facilidad expulsas mierda y orina; tú no retienes, no reprimes, eres como un bebé, inocente y abierto de corazón y de vientre. Si yo no supiese lo astuto que es el Ello habría quedado satisfecho con esto. Pero así no. Y de repente se me pasó por la mente el nombre de Felix. Felix era el nombre del señor que había hablado sobre el psicoanálisis y las enfermedades orgánicas. Felix Schwarz se llamaba también un amigo mío de colegio,

y este amigo había muerto de uremia a consecuencia del sarampión. Schwarz², esto es, la muerte. Y en Felix está la felicidad; y la unión de Felix y Schwarz, de felicidad y muerte, puede ser tan sólo el momento de la suprema satisfacción sexual unido al miedo a la pena de muerte. Con otras palabras, es el complejo masturbatorio, ese complejo inmemorial, que siempre de nuevo se levanta de su guarida subterránea cuando pienso en mi dolencia renal. Con esto me parecía haber encontrado una confirmación de la interpretación dada a los dos episodios. Mi Ello me decía de esa manera: sé sincero, no reprimas y no te pasará nada. Dos horas más tarde hube de cambiar de opinión. Pues cuando fui a la cama de mi urémico me alcanzó como un rayo el pensamiento: éste se parece a tu hermano Wolf. No había notado nunca la semejanza, pero ahora la veía patentemente. Y, oscuramente, se me planteó la pregunta: ¿Qué tiene que ver tu hermano Wolf, o la palabra Wolf, con tus represiones? Aparece siempre de nuevo, por muchos análisis que hayas hecho, y nunca encuentras la solución. Tampoco ésta que te pasa ahora por la mente es la última, la más profunda.

Sin embargo, no quiero privarle a usted de ella. Siendo yo un niño muy pequeño -pero ya suficientemente grande como para conservar recuerdos- se me irritaba muchísimo la piel entre las dos nalgas debido a mis carreras; me salía, por consiguiente, intertrigo³. Yo iba a mi madre y ella me le echaba pomada. Esto fue sin duda una incitación a la masturbación que vino posteriormente; era ya, sin duda, una especie de masturbación infantil, en la cual, semiconscientemente, con astucia de zorro, me valía de la mano de mi madre. La inclinación a la mala acción tenía su base con toda certeza en los recuerdos que todo niño tiene de las delicias procuradas en la infancia por los cuidados y limpiezas de la que cuida de él. Y al llegar a este punto en el análisis me di cuenta que ayer mismo me había ocasionado intertrigo por culpa del sillín de la bicicleta. Aquí está, pues, el Wolf⁴ que tú, tanto tiempo ha, andabas buscando; y andaba loco de alegría y ayudaba a la mujer del enfermo a soportar aquellos difícilísimos momentos. Pero al llegar otra vez a la puerta ya sabía de nuevo: tampoco es ésta la solución. Tú reprimes, y aun cuando tu Ello y tus amigos ponderan tanto tu sinceridad, eres lo mismo que los demás. Y decente es únicamente aquel que dice como el publicano: Dios me sea propicio. ¿Pero no cree usted que esto último, precisamente esto último, es farisaico?

Adiós, querida. Yo soy su

PATRIK

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 4-ex-58

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE
<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>
Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

2.- “Schwarz” significa “negro”. (N. del T.)

3.- El significado de “intertrigo” es, en alemán, también “Wolf”. (N. del T.)

4.- O sea, el intertrigo, que es también “Wolf”. (N. del T.)